

## II. IN MEMORIAM



## RUBÍ SANZ GAMO (*IN MEMORIAN*)

AURELIO PRETEL MARÍN

Conocí a Rubí Sanz hace ya medio siglo, cuando yo era un joven profesor de 24 años y ella una licenciada en Historia del Arte, de apenas 22, que vino, de la mano de Samuel de los Santos, al pequeño cenáculo que a la sazón trataba de crear, bajo la égida de Francisco Fuster, la revista *Al-Basit*, con la idea de hacerla precursora del que habría de ser Instituto de Estudios Albacetenses, como manifestaba, en agosto de 1975, en la presentación o saludo de su número 0. En aquél mismo número publicaba Rubí, por cierto, el que quizá era su primer artículo, y desde entonces fue uno de los pilares importantes de ambas instituciones, porque eran las únicas que había, no porque fueran ricas ni abundantes en medios. Fueron tiempos “heroicos”, en los que peleábamos codo a codo por unos intereses comunes: la investigación de la Historia y el Arte de Albacete, contra la incomprensión de una sociedad que valoraba poco aquellas inquietudes, cuando no las veía con recelo o quería someterlas a directrices políticas propias de aquel momento.



Rubí Sanz Gamó

Precisamente fue Rubí la que en principio se opuso con más fuerza al intento inicial de la Diputación de incluir en el grupo fundador a personas ajenas a la investigación. Los demás la apoyamos (incluso amenazamos con ocho dimisiones antes de ser nombrados), y así pudo nacer un IEA casi completamente exento de hipotecas de carácter político, y más que habría de serlo a raíz de la primera reforma de Estatutos (1985), que dejaba todas las decisiones en manos de la Asamblea General, que elegía al director, que a su vez designaba a la Junta Directiva entre sus, aún, escasos miembros. Desde la susodicha Asamblea, Rubí, colaborando con Samuel de los

Santos, al que pronto habría de suceder al frente de la Sección de Arqueología, tuvo siempre un papel fundamental en la lucha por la democratización y la ampliación -sin merma de su rigor científico, dentro de lo posible- del número de miembros iniciales.

Entre 1979 y 1982, siendo yo director del IEA, Rubí fue secretaria lo que aún reforzó nuestra complicidad más allá del afecto que siempre nos unió, y tengo que decir que formamos un tándem peculiar, peleón y efectivo, del que solo me quedan magníficos recuerdos, sobre todo en la lucha por la consecución de unas instalaciones y un presupuesto digno (se quintuplicó durante aquellos años, gracias, justo es decirlo, a Juan Francisco Fernández, entonces presidente de la Diputación, que trató al Instituto como se merecía por su labor gratuita y desinteresada). O en la organización de exposiciones como la de *Albacete, Tierra de Encrucijada*, y el *I Congreso de Historia de Albacete*, cuyo primer volumen de actas coordinó. Y todo sin dejar su trabajo del Museo de Albacete, que fue prácticamente una obra suya tras el fallecimiento de Samuel de los Santos en noviembre de 1983. Por esos mismos años la recuerdo, además, peleando codo a codo, y siempre en minoría, junto a mí y algún otro tutor inconformista, para dignificar y equilibrar el trato que se daba en el Centro Asociado de la UNED de Albacete a las asignaturas de Letras (cuatro o cinco por cada tutoría) frente a las de Derecho (atendían a una solamente), y después en el Centro Superior -que más tarde sería Facultad- de Humanidades de la UCLM, en los que coincidimos durante varios años.

Sin embargo, Rubí voló más alto que los que nos quedamos atados a Albacete: con su capacidad de trabajo y sus contactos políticos e institucionales, fue nombrada primero Consejera de Cultura en la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, donde no llegó a estar un año, por la naturaleza política del cargo, pero dejó su huella en proyectos como la Ley de Parques Arqueológicos. Más tarde, entre 2004 y 2010 fue directora del Museo Arqueológico Nacional (MAN), precisamente cuando se iniciaba el proceso de reforma, ampliación y traslado de los fondos, al que dedicaría su entusiasmo y sus conocimientos consiguiendo que fuera el referente de otros muchos y, en general, de toda la Arqueología Española. Durante aquellos años, aunque no los perdimos, hubo menos contactos, pero aún coincidimos, tanto en el IEA como en algún evento de la Real

Academia, como aquella reunión del *Diccionario Biográfico Español*, de la que regresamos de Madrid a Albacete creo recordar que en el coche de su amigo Abascal.

Tengo ante mí el currículum de Rubí, que sería imposible resumir en unas pocas páginas: un centenar de títulos entre libros, artículos y colaboraciones en obras colectivas, premios y distinciones como la de ser miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y la de San Fernando, el Instituto Arqueológico Alemán y otras instituciones. Además, se ganó la amistad y el reconocimiento de artistas y colegas, de los que yo he podido conocer junto a ella a algunos tan notables como Lorenzo Abad, Mauro Hernández, Juan Blázquez, Juan Manuel Abascal o Juan Zozaya, a quien me presentó poco antes de su fallecimiento, en 2017. Pero para nosotros, los que la conocimos en Albacete, fue, ante todo, la amiga, el referente de una forma científica de trabajar, la asesora que siempre estaba disponible para dar su opinión -y su apoyo, si fuera menester- en cuestiones tocantes a su especialidad, e incluso desplazarse sin hacerse rogar cuando fue necesario. Todavía recuerdo el viaje, en 2013, al Pozo de la Peña, requeridos los dos por Arturo Tendaro, a la sazón alcalde; y otro, en 2009, a la torre de Gorgojí, que el nuevo propietario quería restaurar, con tan buena intención como mal logro. En aquella ocasión, después de visitar en Villanueva de la Fuente las ruinas de Mentesa y el manantial que algunos, desmentidos por Plinio, creían el del Betis, comimos en mi casa del pueblo y, después de fregar los platos, mano a mano -como un matrimonio, dijo ella, riendo- regresamos a nuestros domicilios.

No siempre fue tan fácil mi relación con ella. Era muy cabezota, y yo más todavía, aunque tampoco había muros entre nosotros ni motivo capaz de enemistarnos. En los últimos tiempos, discutíamos, a veces, de política: ella, siempre entusiasta, yo, desilusionado, aunque mantuvimos una ética y unos puntos de vista semejantes, un bagaje común y una amistad que estaba por encima de todo (de hecho, al día siguiente de tener una de aquellas discusiones, en noviembre de 2022, se empeñó en presentar mi conferencia sobre Juan de Borgoña y su retablo de Alcaraz, aunque ya conocía que tenía metástasis y había comenzado con la quimioterapia). Más tarde discrepamos en alguna visita a su despacho y a su casa respecto a sus ideas de reflotar aquel antiguo IEA que en su día fundamos y

democratizamos y que yo daba ya por irrecuperable, o de crear otra nueva institución, cosa que yo veía innecesaria y contraproducente, y más a nuestra edad (en wasap de noviembre de 2024, sin embargo, acabaría por darme la razón con solo una palabra: “amén”). Y, al acabar, amigos, como siempre lo fuimos, con acuerdo o sin él, aunque Rubí fue siempre más activa en defensa de sus puntos de vista y de inimaginables proyectos de futuro, porque ella “no quería morir”, como decía y escribía a menudo en sus mensajes. Tal vez por esa causa, quería hacerlo todo y estar siempre pendiente de la vida científica y cultural de Albacete -nos avisaba sobre las conferencias, actos y exposiciones que creía de interés- y opinaba de todo lo divino y lo humano, supongo que por ansia de vivir, cuando todos sabíamos que ya no era posible. La penúltima vez que pude visitarla -en la última solo le pude dar un beso, pues estaba ya en coma- me habló de sus pasiones: su hijo y el Museo, a los que dedicó gran parte de su vida, y aunque creo que ya era más o menos consciente de lo que le esperaba, no se encontraba triste ni perdía el humor ni el interés por todo. Hoy creo, desde luego, que logró su deseo, en cierto modo: Rubí no morirá mientras viva su obra y podamos dar fe los que la conocimos y seguimos queriéndola.